

La celebración será dos días después de la constitución del nuevo Parlamento

UN AÑO DE LA REVOLUCIÓN EGIPCIA CON SABOR ISLAMISTA

La próxima estación en el azaroso camino por el que discurre la transición egipcia es la celebración el 25 de enero del primer aniversario de la Revolución. Varios grupos de jóvenes revolucionarios están planeando actos multitudinarios para presionar la Junta Militar a que abandone el poder de inmediato. Sin embargo, tras las elecciones, dominadas ampliamente por los islamistas, su grado de apoyo popular es cuestionable.

Por Ricard González (El Cairo)

Un muro de unos tres metros de altura, formado por una veintena de bloques de hormigón, bloquea completamente la calle Qasr al-Aini, la céntrica vía que conecta la Plaza Tahrir con la sede del Parlamento egipcio. La pared fue construida el mes de diciembre para separar policías y manifestantes en el último espasmo revolucionario, y representa una metáfora de la desconexión entre jóvenes activistas, partidos políticos, y la Junta Militar que administra el país desde la caída de Hosni Mubarak, el último faraón.

El choque de legitimidades entre los tres actores centrales del panorama político egipcio se hará más evidente esta semana, al coincidir la celebración del primer aniversario de la Revolución con la constitución del primer Parlamento democrático del país después de seis décadas de dictadura militar. En concreto, la histórica primera sesión del Congreso será el lunes, dos días antes de la efeméride, temida por un sector de la ciudadanía ante la posibilidad de que desemboque en nuevos enfrentamientos violentos.

“No sé si el día 25 de enero habrá una nueva ola revolucionaria. Quizás será el 27, o el 30 de enero. O quizás será en febrero.

Pero no tengo dudas de que conseguiremos forzar la dimisión de la Junta Militar”, declaró a El SIGLO la célebre periodista Buzaina Kamel, la primera mujer candidata a la presidencia en la historia del país, y todo un símbolo para la juventud revolucionaria. “La gente se ha dado ya cuenta que el ejército no trabaja a favor de la Revolución, sino en su contra, y es culpable de los abusos y la muerte de decenas de personas en los últimos meses”.

Para contrarrestar estas acusaciones, lavar su imagen, y reivindicar su legitimidad revolucionaria, la Junta Militar está preparando un programa de actividades festivas en varias ciudades para el día 25 de enero, como desfiles militares, conciertos, y exhibiciones de las Fuerzas Aéreas. En El Cairo, éstas tendrán lugar en la Plaza Tahrir, por lo que los activistas aún debatían pocos días antes si intentar boicotearlas, o simplemente ignorarlas buscando una nueva sede para manifestarse.

Probablemente, la juventud revolucionaria ya no gozará a partir de ahora del mismo grado de protagonismo y legitimidad que en los últimos doce meses. Ante la falta de un órgano representativo de la voluntad ciudadana, y la debilidad de unos partidos políticos recién creados, los activistas podían fá-



Tras las elecciones legislativas, será el flamante Parlamento quien se

cilmente arrogarse la legitimidad popular en su lucha contra la cúpula del ejército. De ahí que su más célebre eslogan fuera: “El pueblo quiere la caída del régimen”.

No obstante, tras las elecciones legislativas, será el flamante Parlamento quien se erija en el verdadero representante de la voluntad popular. Tanto los medios de comunicación como algunas organizaciones que supervisaron el maratónico proceso electoral denunciaron la existencia de irregularidades, pero ninguna de ellas fue de gran calado. Por ello, y gracias a la elevada tasa de participación —alrededor del 60%—, analistas, fuerzas políticas y la mayoría de la población consideran que los resultados son legítimos y reflejan de forma certera la realidad socio-política del país.

Sin duda, el gran ganador de los comicios es el islamismo en sus dos vertientes, la más pragmática, representada por los Hermanos Musulmanes, y la más radical, agrupada en torno a la coalición fundamentalista Nour. En cambio, la alianza “Revolución Continua”, que representaba a los jóvenes revolucionarios de Tahrir obtuvo un muy pobre resultado, con sólo un 2,5% de los sufragios.

La fuerza más votada, y con diferencia, fue la coalición liderada por el Partido de la Libertad y la Justicia, el brazo electoral de los



erija en el verdadero representante de la voluntad popular.

EFE

Hermanos Musulmanes, el histórico movimiento islamista egipcio. En total, se hizo con cerca el 45 por ciento de los diputados, quedando tan sólo a un paso de la mayoría absoluta. Así pues, su secretario general, Mohamed Katatny, será el nuevo presidente del Parlamento.

En segundo lugar, se situó la coalición saafista Nour, la gran sorpresa de los comicios. Mientras la mayoría de expertos apostaba que no superaría la barrera del 10% de los votos, los fundamentalistas recibieron casi un cuarto de los sufragios, y aspiran a convertirse en la alternativa a los Hermanos Musulmanes. Reacios a entrar en política durante el anterior régimen, una actividad que consideraban que ensuciaba el alma, la evolución futura de Nour es toda una incógnita.

Cerca del umbral del 10 por ciento quedaron el Wafd, el histórico partido liberal egipcio, y la coalición laica "Bloque Egipcio", que reúne tres partidos de ideologías diversas: uno liberal, otro de centro-izquierda, y uno comunista. El resto de diputados se reparte entre una decena de pequeños partidos centristas, nacionalistas, y los llamados fulul (vestigios), los políticos reciclados del NDP, el partido de Mubarak. De hecho, estos últimos son los grandes perdedores de las elecciones, pues aspiraban a contar con una notable presencia

La juventud revolucionaria ya no gozará del mismo grado de protagonismo que en este año

en el Parlamento, aprovechando las redes clientelares tejidas durante lustros en el poder.

La tarea principal del nuevo legislativo será escoger los miembros de la comisión encargada de redactar la nueva Constitución, que deberá establecer cuál es el rol del Islam en la vida política del país, así como asignar las competencias entre los diversos poderes, entre ellos el ejército. Este asunto puede convertirse en el mayor foco de tensión, ya que no está nada claro que el estamento militar esté dispuesto a someterse al poder civil y renunciar a los privilegios adquiridos en los últimos 60 años. Algunos egipcios incluso temen que la Junta Militar ponga fin al proceso de transición si el Parlamento no acepta los límites impuestos.

En este nuevo tiempo político, los Hermanos Musulmanes jugarán un papel decisivo. Ello se debe no sólo al peso institucional que se derivará de su abrumadora victoria elec-

toral, sino a la posición central que ocupan en la política egipcia en los diversos ejes de conflicto de esta sociedad. Por ejemplo, en la cuestión del papel de la religión en la vida política, los islamistas pueden aliarse tanto con la coalición fundamentalista como con los partidos laicos, conformando en ambos casos una amplia mayoría social. Asimismo, están situados en una posición equidistante entre las organizaciones de jóvenes revolucionarios y la Junta Militar.

"Creo que los Hermanos Musulmanes llegarán a un acuerdo con la cúpula militar respecto a la posición del ejército en la Constitución, y no habrá choque de trenes", sostiene el analista Mujtar Shoeab. De momento, el movimiento islamista acepta el calendario para la transición sugerido por la Junta, según el cual el poder ejecutivo continuará respondiendo ante el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas hasta el 30 de junio. Entonces, una vez se haya elegido por sufragio al nuevo presidente y aprobado la nueva Constitución, los militares entregarán el poder a las autoridades civiles. No obstante, tras el espaldarazo recibido en las urnas, los Hermanos Musulmanes y su marca electoral se sienten fuertes, y podrían abandonar su postura acomodaticia para con los militares.

Como en todo proceso de transición, es grande la incertidumbre sobre las reglas del juego y el calendario, sobre todo en lo que respecta a la aprobación de la nueva Carta Magna. La Junta pretende que ésta esté finalizada antes de las elecciones presidenciales, por lo que la comisión constituyente tendría menos de tres meses para pactarla, un plazo que se antoja insuficiente.

Otra de las grandes incógnitas es quién será el próximo presidente del país. Tras la retirada de Mohammed El Baradei, premio Nobel de la Paz, argumentando la falta de garantías democráticas, el gran favorito es Amr Moussa, el ex secretario general de la Liga Árabe. Los Hermanos Musulmanes no presentarán candidato, pero sí apoyarán a alguno de los aspirantes. También en este asunto, su posición puede acabar de decantar la balanza. Después de ocho décadas marcadas por la persecución y el ostracismo, los Hermanos ya casi saborean las mieles del poder. Todo parece indicar que Egipto seguirá los pasos de Túnez y Marruecos, que ya cuentan con gobiernos islamistas. ●